

aparición espectral" del otro es también la de la palabra, siempre ausente de sí, siempre "en otro", que resume (en su fuga, en su inalcanzable unicidad) la incumplida ambición de "ser uno".

De acuerdo a lo que venimos exponiendo, estos últimos cuentos de Borges parecen compensar en la producción fictiva el permanente deseo de inscribir y borrar, de conformar una escritura que, al mismo tiempo que se asienta en un orden (el literario, el artístico, el cultural) se borra, se desagrega, se desacumula de otros. Alcanzaríase, así, una inscripción que a la vez pueda ser borramiento, tal como es borramiento que la presencia del otro sea nada más que reflejo, conformación o recuerdo de sí.

En el referido relato "Utopía de un hombre que está cansado" se dice por un personaje que "la diversidad de las lenguas favorecía la diversidad de los pueblos y aún de las guerras" (p. 124), tanto como en anteriores cuentos los descentramientos solamente lingüísticos originaban herejías y catástrofes. Ordenar el lenguaje, sistematizarlo, reconstruirlo, sería uno de los posibles caminos para reconquistar la unidad perdida por el hombre, para reconquistar su "ser", el "ser uno" del hombre. Multiplicar palabras no es más que una trampa a esas aspiraciones; sumar letra impresa en un mundo donde "las imágenes y la letra impresa eran más reales que las cosas" (p. 128); sumar lo publicado —y lo publicitado— en un mundo donde "sólo lo publicado era verdadero" (id.) es agregar objetos inútiles a un mundo que, por el contrario, necesita ser reducido para identificarse.

"Pitágoras desdeñó la escritura; Platón inventó el diálogo filosófico para obviar los inconvenientes del libro, 'que no contesta a las preguntas que le hacen'; Clemente de Alejandría opinó que escribir en un libro todas las cosas era como poner una espada en manos de un niño; el adagio latino *Verba volant, scripta manent*, en que ahora se ve una exhortación a fijar con la pluma los pensamientos, se dijo para prevenir el peligro de los testimonios escritos. A

éstos ejemplos no sería difícil agregar otros, judíos o gentiles. Y nada he dicho del más alto de todos los maestros orales, que hablaba por parábolas y que, una vez, como si no supiera que la gente quería lapidar a una mujer, escribió unas palabras en la tierra, que no ha leído nadie". Esto escribía Borges en 1951 prologando un libro de Alberto Gerchunoff. Admirador y casi propagandista de aquéllos que no escribieron, se ve una vez más obligado a escribir para revelárselo, a escribir buscando escapar a sus propios trazos, con lo cual ratifica, a la vez que su irreparable destino (escribir sin desear), el deseo de su misma escritura (borrarse produciéndose). Siempre ausente de sí, siempre "en otro" —como toda palabra—, la suya en la arena no será sino lo otro que se borra.

Gerardo Mario Goloboff

Lynch, Marta: **LOS DEDOS DE LA MANO**, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1976, 238 pp.

Una de las muchas paradojas que detienen la especificidad de la literatura argentina consiste en su curiosa mezcla de cosmopolitismo y autosuficiencia. En uno de sus niveles —y no el menos importante— esta paradoja hace coincidir una extensa audiencia local, que juega con una cantidad de lectores inimaginable en otros países sudamericanos con un cierto desconocimiento de sus valores en el resto de naciones del continente. Si se separan las excepciones más obvias (Borges, Cortázar y algunos pocos nombres más), se tiene la sensación de que la literatura argentina vive en algo así como un espléndido aislamiento. Por eso es posible encontrar escritores argentinos que tienen muchos más lectores que sus colegas latinoamericanos, recurriendo sólo a su audiencia nacional, y que son casi desconocidos fuera del Río de la Plata. José Donoso en un sagaz paréntesis de su frívola y superficial **Historia personal del boom** señala que "el encerrado petit-boom de la novela argentina" (al que califica

de "importantísimo y riquísimo") tiene como característica el "no haberse incorporado en debida forma al resto de la novela latinoamericana, permaneciendo un poco a un lado, rigiéndose con orgullosas leyes propias". Algo de esto sucede en el caso de Marta Lynch: su notable éxito editorial en Argentina no se puede comparar con el conocimiento, más bien minoritario, que su ya extensa obra tiene en otros países latinoamericanos. Esto se hace más visible cuando se advierte que algunos de sus relatos, como su última novela: **Un árbol lleno de manzanas**, eluden la ambientación sólo argentina e incorporan otros escenarios americanos, según sucede también en **Los dedos de la mano**, su más reciente colección de cuentos.

Si las novelas de Marta Lynch nunca han dejado de ser interesantes y sugestivas, sus cuentos — los trece cuentos que componen **Los dedos de la mano**— muestran una realización mucho más depurada y una solidez y coherencia que remiten sin duda alguna a una fructífera y madura maestría. Aunque naturalmente hay diferencias de calidad entre cuento y cuento, el nivel general del libro es de un valor remarcable; más aún, **Los dedos de la mano** tiene, como obra unitaria, pese a ser una colección de cuentos, una armonía global que no puede dejar de mencionarse. Este sentido totalizante no viene dado por la reiteración de ciertos temas, la frecuentación de ambientes similares o el empleo de un mismo repertorio de recursos; viene dado, más bien, por una suerte de sutil alternancia de perspectivas que permiten pulsar diversas dimensiones de la realidad para completar, por oposición o por síntesis, una sombría y al mismo tiempo esperanzada visión del mundo contemporáneo. Queremos decir que los cuentos de Marta Lynch no ocultan ni mucho menos las grandes lacras de nuestro tiempo pero que, al mismo tiempo, inclusive en el mismo conflicto, dentro de la misma tragedia, pueden rescatar esa suerte de terca dignidad que subyace hasta en el más deprimido recodo de la existencia. Hasta los ridículos burgueses que toman sol en la dispendiosa piscina

de la azotea tienen finalmente un rescollo de autenticidad para elementalizarse en una relación material que niega la perversión que los impregna. Este juego de alternancias permite también que la irónica benevolencia con que se observa la vida de los grandes burgueses se rediseñe al entrar en contacto, en otros cuentos como "Sentencia" y "La agencia", con la descarnada referencia a los insalvables vicios del sistema social que ellos dominan. Parecería subyacer aquí una madura reflexión social que reniega de la condenación personal, simplemente ética, para fundar la crítica en la estructura de la sociedad. Es cierto que esto está apenas apuntado en el libro, pero es posible que su sentido global se comprenda mejor desde este punto de vista.

Los dedos de la mano posee, además, otro valor encomiable: signo de la madurez de su autora, todos los cuentos hacen uso de los recursos adquiridos por la narrativa moderna y —contra lo que suele suceder en otros casos— no hay indicio alguno de encantamiento por el experimentalismo y la ostentación formal. Son relatos eficaces, agudamente incisivos, en los que la autora domina sin alardes, con naturalidad, los recursos que mejor convienen a su designio de comunicación.

A.C.P.

ANTOLOGIA DE LA POESIA INGLESA CONTEMPORANEA. Versiones, selección y prólogo de Antonio Cisneros, Barcelona, Barral Editores, 1975.

Oscar Wilde solía decir que Inglaterra y Estados Unidos eran dos naciones que tenían en común casi todo, excepto el idioma. Paradoja que tomada al pie de la letra es cierta, y aplicada a la literatura resulta aún más verdadera a pesar del acervo común que resulta infantil negar. Los ejemplos sobran, pero resulta pertinente hacer un recuento de ellos, en especial en el campo de la poesía que es el que nos preocupa. A pesar que en Inglaterra se dio con los poetas lakistas uno de los brotes más importantes de la poesía romántica europea, el más notable